

La Mentira como Arma de Destrucción Masiva

Alfredo Acle Tomasini©

Hace un año, en Irak, vivían 7,000 personas* que hoy día ya no existen. Común a todas ellas era su condición de civiles. Para nadie representaban algún peligro. Por el contrario, como en las Torres Gemelas, se trataba de padres de familia ocupados en las faenas del diario; de hijos que contribuían con su trabajo al ingreso familiar; y, por desgracia, de muchos niños cuya visión del mundo no pasaba de su patio de juegos. Eran seres anónimos, pero estaban vivos. Ahora en cambio, les sobreviven: la mentira que selló su destino y quienes la rubricaron con su nombre.

Se dijo que la invasión era inaplazable. Y eso justificó, el apresuramiento y la ilegalidad al amparo de evidencias amañadas y datos falsos. La comunidad internacional pidió tiempo, para comprobar en el campo lo que se afirmaba. Pero, el poder pudo más que la razón, y Bush, en una frase desafortunada, sentenció: “El juego está terminado”. Y como si fuera eso - un juego - los ataques militares apagaron vidas humanas, que el azar puso en el lugar y momento equivocados.

¿Cuántos días más hubieran querido vivir esos 7,000 muertos? ¿Cuánto tiempo los que hoy están mutilados hubieran deseado tener para seguir disfrutando de su cuerpo entero? ¿Cuánto tiempo más de vida, pedirían los Irakíes que siguen muriendo a manos de soldados atemorizados, que prefieren disparar antes de preguntar?. Resulta patético pensar, que esa sentencia vino de un país, donde los condenados a muerte – a pesar de su culpabilidad demostrada - tienen el derecho de pedir clemencia.

Se dice que la muerte de cualquier ser humano es un acto lamentable. Pero, cuando afloran los nacionalismos, ocurre que esto no es cierto. Las sociedades siempre verán la tragedia de la muerte con una lupa muy grande, cuando se trate del sufrimiento de los suyos, y en cambio, utilizarán borrosos binoculares cuando sean otros los que mueren; en un caso querrán conocer nombres y pormenores, en el otro, todo se resumirá a una estadística.

El mes pasado, David Kelly, experto británico en armas de destrucción, decidió quitarse la vida. Éste, quizá, atribulado por una crisis de conciencia, había decidido semanas antes, hacer del conocimiento de la prensa de su país, que los informes que fueron utilizados para justificar la invasión a Irak, no sólo carecían de veracidad, sino que, a solicitud expresa de su gobierno, se les habían incluido referencias con el fin de incrementar su impacto en la opinión pública, para con ello ganar el respaldo popular.

La muerte del Dr. Kelly, apenas horas después de que había sido interrogado por un comité del Parlamento Británico que investigaba las filtraciones a la prensa, agregó nuevos bríos a un escándalo que se inició desde que éstas ocurrieron, y que posiblemente continuará hasta que se den a conocer las conclusiones del Juez encargado de investigar las circunstancias que rodearon este fallecimiento singular, que ha hecho tambalear el soporte político de Blair.

Así, la muerte trágica de un civil británico – que no la de miles de civiles irakíes – como consecuencia de la maquinación de reportes mentirosos, es lo que ha vuelto a la opinión pública inglesa en contra de su gobierno, y muy probablemente determinará su caída, al irse empantanado la solución definitiva al conflicto de Irak y acumulando los costos de la ocupación.

Estas razones tendrán, posiblemente, un impacto similar en el gobierno de Bush. Más aún, cuando la imposibilidad de presentar pruebas fehacientes de las razones que motivaron la mayor movilización militar en los Estados Unidos desde Vietnam, se ha venido a sumar con una situación económica mediocre y con un creciente déficit fiscal, lo cual es presagio de inevitables ajustes al gasto que harán más difícil la recuperación.

Ciertamente, el régimen Irakí era una dictadura abominable que oprimía a sus habitantes, pero hoy, cuando ningún arma de destrucción masiva ha sido encontrada, sólo queda el flaco argumento para decir que, aun así, Saddam merecía ser derrocado, y que finalmente, será el juicio de la historia quien dirá la última palabra.

Pero la historia, no juzga, sólo relata. Relata desde que ocurren los dichos y los hechos, y cuando no coinciden, les llama mentiras. Éstas - en la historia del hombre - son las que en ocasiones han cargado las armas, y provocado actitudes sociales para justificar más de una guerra o un genocidio. Por eso es que al final son la mentiras, las que en verdad matan.

* www.Irakbodycount.net/